El aspecto debe ser impecable.

Comienza por el cuerpo. Es necesario estar lo suficientemente en forma, pero no de manera que resalte egocentrismo o la vanidad de los narcisistas que se deleitan horas ante su reflejo en el espejo. Lo importante es simplemente mantener una figura, un aspecto general, como si de una silueta se tratara. Veinte minutos de ejercicios deberían bastar para ello. Ejercicios al suelo, caseros, sin pesas y demasías que puedan complicar todo de traer un invitado a tu hogar. Me inclino por las flexiones y las sentadillas.

Una vez eso ha terminado, es hora de bañar ese cuerpo transpirado. La ducha es además el mejor momento para iniciar con una buena afeitada: el agua tibia que cae limpia los poros y emblandece el cutis, preparándolo para el filo de la navaja. La espuma que uses no debe irritar la piel, y en preferencia no debe tener ningún aroma más que el del jabón. Las afeitadas deben ser suaves pero decididas, de manera que no queden esas desagradables manchas rojas o los ligeros cortes que arden ante el contacto del agua. Sigue el contorno de tu cuello y bajo las orejas.

La misma afeitada es importante. No debes dejarte patillas. No debes dejarte una larga barba, ni un bigote peculiar, ni una barba insignificante pero llamativa. Lo ideal es una afeitada completa, a consciencia. La barba al ras es tu segunda mejor opción.

Para el resto del cuerpo usa un jabón común, blanco, o uno de los jabones que aparecen en los anuncios televisivos de medianoche. Calcúlalo bien todo. El cuerpo humano no es dinámico a la hora de limpiarse: notaras que hay ciertas partes que tus manos no pueden alcanzar, pero notaras también que un cepillo es un elemento peculiar, innecesario en el tipo de baño que hay que tener preparado. La solución es simplemente dejar el agua de lluvia caer y caer, que se lleve toda la suciedad, la transpiración, y los restos del jabón.

El pelo es delicado, y merece gran dedicación. Muchos aman hablar de los ojos como los captadores de miradas, pero todo ello es una gran mentira. Los ojos son furtivos, miran a todos lados sin consciencia, y solo de ser extraños pueden acaparar una mirada. Si has tenido la suerte de tener ojos marrones, intranscendentes, sabrás que tu centro de atención es el cabello. El corte debe ser prolijo, pero no esmerado. Debe ser corto, pero no correcto. Debe ser parejo, pero no perfecto.

Lo notaras cuando lo hayas logrado, porque no lo notaras. Esto es importante, debes prestar atención de que nada capte tu atención. Una vez terminado ello, quedan los detalles mínimos, que pueden solucionarse frente a un espejo y con pequeñas herramientas, fáciles de esconder en un cajón.

Utiliza una pinza para los cabellos locos que pueden salir de cualquier parte del cuerpo, y que pueden ser tu perdición. Ten especial cuidado con las cejas. Cortarlas de mas puede significar una desgracia, pero dejarlas embadurnadas y enredadas es otro tipo de desgracia también. Hay un cierto desorden, una cualidad aleatoria que no es más que parte de un orden, y debes respetarlo para proseguir.

Continúa con los dientes. Dios sabe que nadie quiere tener mal aliento: los comentarios se esparcirían por doquier. Lávalos a consciencia, pero no como tu odontólogo te lo pidió. Nadie procede de aquella forma. Lava el frente, quita el sarro y haz buche. Un intento está bien, porque hacer más es arriesgarse. Enjuágate.

El perfume no debe ser estrafalario. Aplica pequeñas cantidades, en el cuello y los costados. Notaras que tu afeitada ha ido bien si el perfume no te provoca ardor ninguno en la piel cosechada. La forma correcta de aplicar la colonia, a mi parecer, es con pequeños golpes, suaves y consistentes, que impregnen lo justo de la esencia en la piel. Luego puedes pasar una toalla por encima, para quitar lo más fuerte del aroma.

Ya estas casi listo. Usa un peine para posicionar tu cabello de la forma adecuada. La forma adecuada es la forma sin forma, es la forma que no se mantiene en la vista y que se confunde con una masa, pero que cualquiera podría identificar. Tu cuerpo natural ya está completo.

El último paso es la vestimenta, y aunque sea el último es un paso que debe ser tomado muy en cuenta, porque puede hacerlo fracasar todo. Palabras claves: remera y pantalón. Evita el color negro, y los colores estrafalarios como el naranja o el amarillo. Vístete sencilla y correctamente, de manera que dé la impresión de que seleccionaste la ropa al azar de entre un armario correcto y acomodado como el que cualquiera posee. Evita collares, cadenas y pulseras. Combina los colores adecuadamente. El verde y el rojo sientan bien, pero son demasiado brillantes y trasmiten un espíritu navideño que no deseas poseer. El blanco es bueno mientras no sobrecargue tu imagen. Ten siempre en cuenta el espejo mientras te coloques la ropa. Estira las medias hasta el final, pero bájalas en su integridad para que se le formen las conocidas arrugas. Plancha todo pero solo una pasada rápida, sin compromiso. Usa un calzado apropiado, ni muy nuevo ni muy viejo, a juego con la ropa, ajustado perfectamente al pie.

Puedes, si lo deseas, colocar un reloj en tu muñeca como último movimiento, aunque solo si es un reloj normal, ni de mucha clase ni una baratija japonesa. Luego ajusta el cuello –sabes el movimiento: hombros hacia arriba, tragar, mirada al espejo, boca fruncida y cejas levantadas- como un reflejo, y contempla tu imagen.

Recomiendo diez minutos enteros de contemplación al detalle. Que nada se te escape, o no podrías perdonártelo. Luego de eso, estarás listo para salir a la calle, junto con las otras personas, sin llamar la atención de nadie.

Ahora sí, tu apariencia es perfectamente normal.